

# TERROR EN CHECHENIA

ANNA POLITKOVSKAYA

La verdad sobre la guerra: los artículos más recientes de la periodista rusa en el exilio que negoció la liberación de los rehenes del teatro de Moscú.

507 20000



PREMIO ULISES 2003

PREMIO DEMOCRACIA 2003

te sanitaria del hospital infantil con una experiencia de veinte años, simplemente permitió pasar a estos guerrilleros.

### **Epílogo dos años después**

Hoy, Duba-Yurt sigue estando en ruinas, cubiertas por plástico de invernadero. Debajo vive una parte de las personas que volvieron de Chiri-Yurt. La otra, la mayor parte, sigue arriba, en la aldea de la antigua fábrica de cemento.

La historia de Chiri-Yurt, que se vio obligada a acoger a Duba-Yurt, es típica de la Chechenia actual. Sus consecuencias: cuanto más tiempo pase, más importantes. Recorriendo un mes tras otro las aldeas y ciudades chechenas, cada vez he encontrado a más gente que, al igual que los refugiados de Chiri-Yurt, sólo se somete a una ley: la ley biológica de la supervivencia. La guerra no sólo ha pasado por el territorio checheno: también ha asolado el alma de las personas. Ha expulsado a cientos de miles de personas lejos de sus casas, a los campos de refugiados, a los campos, de hecho no se sabe dónde, los ha obligado a adoptar unas nuevas leyes de vida, las del campo de concentración. Un aislamiento mortal, con una apariencia de cohesión. Traición a cada paso. Con un único objetivo: debo sobrevivir, no importa si perjudico a otros. Cuando esto se hace evidente, un pueblo ya puede encargar el festejo funerario.

### **Majketi, un campo de concentración con inclinación comercial**

Me hicieron llegar una carta colectiva de noventa familias que vivían en diversas poblaciones de la región de Vedeno: Majketi, Tovzeni, Selmentausen, Jortuni. Varios cientos de personas suplían que se les ayudara a trasladarse urgentemente fuera de Chechenia. Las causas: una hambre crónica, un frío insoportable, la falta de médicos, de cualquier relación con el mundo y las duras acciones de castigo que llevaban a cabo los militares acantonados en las afueras de la población de Jortuni. Los hechos parecían increíbles. Mi viaje empezó el 18 de febrero del año 2001.

Una decena de relatos espantosos, rostros extenuados, que habían experimentado torturas y escarnios refinados por parte de los militares, cuando ante el horror de lo que te ves obligada a escribir, la mano que todo lo fija en el bloc de notas se detiene. De pronto, esa misma historia, pero ahora te ocurre a ti. Ahora es a ti a quien gritan: «¡Alto! ¡Adelante!» Y el miembro de los servicios de seguridad, de la edad de un mocosito teniente mayor, se dirige a ti —y no a tu anterior interlocutora—, riendo con la misma boca repugnante de sus antecesores en la profesión, del año 1937, susurra: «Guerrillera... Te envía Basáyev... Fusilarte sería poco... Parpadeas demasiado, quiere decir que mientes...»

### **Cuadro primero: torturas con corriente eléctrica**

Rozita, de la aldea Tovzeni, apenas mueve los labios. Sus ojos, como si hubieran superado el designio natural, se han quedado inmóviles y contemplan algún lugar en su interior. Por el mo-

mento le resulta difícil caminar, le duelen las piernas y los riñones. Hace un mes, Rozita pasó por el campo de filtración, así lo llama ella. Porque «había dado alojamiento a guerrilleros». Eso fue lo que le gritaron los militares.

Rozita no es joven. Tiene muchos hijos y varios nietos. La pequeña, de tres años, antes no hablaba ruso, pero desde que vio cómo arrastraban por el suelo a su abuela, ahora no deja de gritar: «¡Échate! ¡Al suelo!» A Rozita se la llevaron de su casa al amanecer, cuando todo el mundo dormía, después de rodear la casa y sin darle tiempo para prepararse. La arrojaron en un pozo en territorio de la unidad militar.

—¿La empujaron? ¿Le dieron patadas?

—Sí, es lo normal aquí.

Con las piernas encogidas, Rozita pasó doce días en el pozo, directamente sobre el suelo. Por la noche, el soldado que vigila el pozo se compadeció y le arrojó un trozo de alfombra.

—Me lo coloqué bajo los pies. El soldado también es una persona —susurran los labios de Rozita.

«Su» pozo no era profundo. Unos veinte metros, no más. Sin tejado, pero no podía enderezarse: habían puesto unos troncos por encima de ella. Así que pasó los 12 días en cucullas o sentada en ese pedazo de alfombra. ¡Y era invierno! Durante todo ese tiempo, a Rozita no la inculparon de nada, a pesar de que la interrogaron por tres veces. Unos oficiales jóvenes, que podrían ser sus hijos y que se presentaron como colaboradores del FSB, le colocaron unas «manoplas de goma de niño»: en los dedos de una mano, el extremo desnudo de unos cables, en los dedos de la otra, el otro extremo. Le pasaron los cables por el cuello, por detrás.

—Gritaba mucho cuando hacían pasar la corriente. Pero lo demás lo soporté en silencio. Tenía miedo de hacerlos enfadar.

Los FSB repetían: «Bailas mal. Hay que aumentar.» Llamaban «baille» a las convulsiones del cuerpo de Rozita. Y aumentaban.

—¿Qué querían?

—No me pidieron nada.

Mientras tanto, los parientes de Rozita, a través de intermedios, recibieron de esos mismos oficiales un encargo: buscar dinero para el rescate. Les explicaron que debían apresurarse porque Rozita no soportaba bien el pozo y podría no aguantar. Al principio, los militares pidieron una cantidad, a la cual los aldeanos (es costumbre recoger el dinero del rescate entre todos) replicaron: incluso si vendieran toda la aldea no conseguirían juntarlo. Los militares, sorprendentemente, resultaron comprensivos y rebajaron la suma diez veces. Trajeron el dinero y Rozita, que apenas se sostenía sobre las piernas, sucia y sin lavar, fue puesta en libertad en el puesto de control del regimiento. Cayó en los brazos de sus hijos.

En la zona militar, situada en las afueras de la aldea Jottuni, región de Vedenó, donde están emplazados el 45.º regimiento de desembarco aéreo y el 119.º regimiento de desembarco de paracaidistas del Ministerio de Defensa, así como subdivisiones del ejército del Ministerio del Interior, de Justicia y del FSB, existe un campo de concentración. Con una inclinación comercial.

### Cuadro segundo: educador de cerdas

El comandante del 45.º regimiento, Alekséi Románov, es un individuo muy interesante y voluntarioso. El coronel sirvió en Afganistán y en la «primera» chechena. Como la mayoría de los oficiales que sirven en la «segunda», maldice la guerra, piensa en voz alta en sus hijos, que crecen como siempre, sin padre, y está dispuesto a terminar la «segunda» chechena inmediatamente, se siente profundamente harto. Pero de momento, a finales de febrero del año 2001, en vísperas del Día del Defensor de la Patria, paseamos por el regimiento. El comandante me enseña el comedor, muy agradable para lo que son las condiciones de campaña. Me conduce al almacén, abarrotado de carne en conserva y todo tipo de provisiones, lo que, en su opinión,

excluye completamente cualquier esfuerzo por parte de los militares confiados a su mando de robar el ganado a la población.

En éstas llegamos al asunto principal: el comandante me muestra los pozos donde después de la «limpieza» arrojan a los chechenos. El coronel es amable: me sostiene por el codo para que no me caiga a una profundidad de seis metros. El pozo es como me lo han explicado las numerosas personas que han estado en ellos: tres por tres metros, una cuerda cuega imperceptiblemente hacia el infierno, con la que deben ayudarse para acudir a los interrogatorios. A pesar del frío tremendo, del pozo sube un hedor específico. Así está dispuesto: los chechenos deben arreglárselas piernas abajo.

El coronel cuenta cosas sorprendentes: una vez vino a inspeccionar el regimiento el mismo comandante de la agrupación militar, el general Baránov, vio a los chechenos prisioneros que estaban en el campo y ordenó que se les metiera en los pozos que se habían excavado para arrojar la basura diaria. Desde entonces se hacía así. A él le era muy desagradable todo lo que sucedía.

—Pero sólo metemos a los guerrilleros.

—Entonces, ¿por qué los sueltan? ¿No son guerrilleros?

El coronel añade a regañadientes:

—Ya me entiendes...

No, no lo entiendo.

### Cuadro tercero: en espera de arresto

Vaja es un robusto montañés de cincuenta años de la aldea Tovzeni que antes trabajaba en los órganos de la seguridad del Estado y también como maestro de la escuela local. Ahora, de forma voluntaria, recoge testimonios sobre las atrocidades del ejército ruso, y por eso espera que lo arresten y en «su» pozo todas las noches.

Vaja conoce la respuesta a la pregunta que no me contestó el coronel. Cuenta historias muy curiosas sobre la breve estancia

en su aldea de Basáyev y su brigada. Como entonces, la población esperaba que se arrestara a Basáyev finalmente. Basáyev estaba extenuado, al igual que sus hombres, y sólo cabía esperar... Pero el ejército, que hasta ese día estaba emplazado formando un apretado cordón alrededor de la aldea, inesperadamente fue destinado a otro lugar, exactamente todo el tiempo que duró la estancia de Basáyev en la aldea.

Y se fue. Créanselo o no... En cambio, tan pronto como los bandidos se marcharon a las montañas, los militares empezaron a detener y a torturar a los aldeanos que no tenían ninguna relación con los grupos de bandidos, mientras dejaban en libertad a los que realmente tenían delitos de sangre. En una aldea se sabe muy bien quién es quién.

### Cuadro cuarto: culitos bonitos

Isa vive en Selmentausen. A principios de febrero también fue a patar al campo de concentración de las afueras de Jottuni. Apagaron cigarrillos sobre su cuerpo, le arrancaron las uñas, le golpearon en los riñones con botellas de pepsi llenas de agua. Después lo arrojaron a un pozo, al que llamaban «baño». Estaba lleno de agua (era invierno, por cierto), y después de arrojar allí a los chechenos lanzaban botes de humo.

Eran seis en el pozo. No todos tuvieron la suerte de sobrevivir.

Los oficiales de graduación inferior, que realizaban los interrogatorios colectivos, les decían a los chechenos que tenían unos culitos bonitos, y los violaban. Mientras, les confesaban que era porque «vuestras mujeres no quieren hacerlo con nosotros». Ahora, los chechenos supervivientes dicen que vengarse por «los culitos bonitos» es el deber del resto de su vida.

Tampoco Isa se ha recuperado de la conmoción, se nota. Al igual que Rozita, lo liberaron después de que se pagara el rescate que reunió todo Selmentausen. Pero, primero, se burlaron a voluntad de los parientes que se habían congregado en el pues-

to de control del regimiento con la esperanza de aclarar el destino de los suyos que se habían llevado al pozo.

La cadena de saqueos y chantajes bajo la máscara de «aparición de bandidos» en Chechenia es continua. La segunda guerra sólo ha cambiado a los ejecutores de los delitos que allí se realizan. Aquello contra lo cual se declaró la «operación antiterrorista», secuestros desenfrenados, esclavitud y compra de mercancías vivas, lo hacen los dueños actuales de la situación, los militares.

Estamos sentados en la única y diminuta habitación de Isa, donde hay sólo unos catres y la estufa, la familia es muy pobre. La hija de cuatro años de Isa, sin apartarse de su lado, me mira.

La esposa de Isa explica:

—Se da cuenta de que no es de los nuestros, tiene el mismo color que los que delante de ella golpearon a su padre. Y se lo llevan.

### Cuadro quinto: comprobado en persona

En total no habían pasado ni dos minutos desde que me despedí del comandante del 45.º regimiento de desembarco y ya me habían detenido.

Al principio me ordenaron estarme de pie durante más de una hora en medio de un campo destrozado. Luego llegó un coche blindado con militares armados y un teniente de una etiología militar desconocida. Me cogieron, me empujaron con las culatas y me obligaron a acompañarlos. «Tus documentos son falsos, tu Yastrzhembski es un lameculos de Basáyev, y tú eres una guerrillera», me informaron.

Luego siguieron unos interrogatorios que duraron muchas horas. Unos oficiales jóvenes, que no se presentaron y sólo insinuaron pertenecer al FSB diciendo que su único comandante era Putin, llevaron el asunto por turnos, de manera que la libertad se terminó: no podía ni llamar ni ir a ningún lado, las cosas sobre la mesa... Prefiero omitir los detalles más abominables de

los interrogatorios, en vista de su total inconveniencia. Sin embargo, precisamente estos detalles fueron la confirmación principal de que todo lo que me habían explicado sobre las torturas y sufrimientos ocasionados por el 45.º regimiento no eran mentira.

De vez en cuando, a los ardientes jóvenes se añadía un teniente coronel mayor de rostro sombrío y oscuros ojos saltones obtrusos. Hizo salir a un joven de la tienda, puso música, que consideraba lírica, e insinuó unas medidas de «salida respetable» si me mostraba condescendiente.

En las pausas, cuando no estaba el teniente coronel, «los jóvenes» se burlaban, presionaban con habilidad en los puntos más delicados: miraban las fotografías de mis hijos y no se olvidaban decir lo que les podrían hacer... Y así tres horas sin interrupción.

Finalmente, el anterior teniente coronel, que periódicamente se rasgaba la camisa sobre el pecho —«vaya, tengo sangre»—, dijo, mirando al reloj diligentemente: «Vamos; te voy a fusilar.»

Me sacó de la tienda, estaba completamente oscuro. No se veía gota. Dimos unos pasos y el teniente coronel dijo: «No tengo la culpa de que no se escondieran.» Muy cerca empezó a arder un fuego con unas llamas discontinuas, crepitaba y se oía un extraño retumbar. Al teniente coronel le gustó mucho que me sentara del miedo. Resultó que me había traído justo debajo de la instalación del «granizo» en el momento de la descarga. «Sigamos», continuó el teniente coronel.

Al momento, de la oscuridad surgieron unos peldaños que descendían. «Es el baño. Desnúdate», me ordenó. Al comprender que no había surgido efecto se encolerizó, asegurando que «todo un teniente coronel se muestra amable contigo, y tú, perra guerrillera, aún...».

En el baño entró otro oficial más, del FSB, así se presentó. El teniente coronel le informó: «No quiere bañarse.» El otro dejó caer con estrépito sobre la mesa las botellas que traía: «Entonces me la llevaré.» Y otra vez me hicieron recorrer el campo oscuro.

Finalmente me mandó que bajara por una escalera: era un búnker, que fue mi refugio hasta mi liberación el 22 de febrero. En la pared del búnker colgaba una pancarta: «119.º regimiento de desembarco de paracaedistas.» Y unos comentarios: dieciocho de sus hombres habían sido condecorados como héroes de Rusia.

De algún lugar me trajeron un té. Di un trago, e inmediatamente empezó a darme vueltas la cabeza, las piernas se me volvieron de algodón y me refugí detrás de la puerta para vomitar violentamente. ¿Al servicio? Sí, pero acompañada. «Vete a sacar los gusanos del cuerpo al servicio», me explicaron.

Exigí: «Presenten sus acusaciones de una vez, levanten acta, escóltense a la cárcel, los amigos me traerán al menos un cepillo de dientes...» «¡Imposible! ¡Guerrillera! ¿Quieres ver el pozo? ¡Gusano! ¡Canalla! Basáyev ha pagado a Yastrzhembski por ti, éste ha pagado a tu redactor jefe y el redactor jefe te ha enviado aquí...»

La mañana del 22 de febrero entró en el búnker un oficial y se presentó como mi acompañante hasta Jankalá; me dijo que tenía todos mis documentos y mis cosas, que entregaría al FSB. Junto al helicóptero me esperaba ese mismo teniente coronel que se despidió así: «Si dependiera de mí, te fusilaría.»

Cuando el helicóptero aterrizó en Jankalá, aparecieron de repente unos militares junto a la escotilla y me apartaron de mi acompañante. Los oficiales resultaron ser colaboradores de la fiscalía militar de Grozni, a los que estoy muy agradecida, de otra forma me hubieran llevado de nuevo a la presencia del oficial del FSB de turno para que minara mi salud psíquica con la «operación antiterrorista». En la fiscalía di todas las explicaciones requeridas, mi acompañante también fue interrogado, y resultó que en el regimiento me lo habían robado todo, salvo la acreditación número 1258. Mi acompañante no llevaba nada encima. Ni mis cosas, ni cintas, ni película fotográfica.

## Desorden en la región de Vedenó

### Dzhojar

Es una criatura extremadamente pequeña, está envuelta en unos trapos sucios, solamente se tranquiliza cuando, a empujoncitos, como un ternero recién nacido, encuentra el pecho de la madre. El resto del tiempo el cuerpecito delgado se retuerce en unas convulsiones caóticas. ¿Llora? ¿Tiembra?

—¿Cómo se llama?... ¿Su...? —No sabes cómo preguntarlo para no ofender—. ¿Es niño o niña?...

Toita, la madre, a cuyo pecho la criatura se agarra cada diez o quince minutos, calla, como si estuviera en un interrogatorio.

—¿Qué pasa, ¿no entiende el ruso?

—¿Por qué? Sí que lo entiende... —dicen las mujeres y cierran los ojos.

Se hace un silencio: ¿tal vez hay algún motivo para no decir cómo se llama el pequeño enfermo?

—Se llama Dzhojar —dice finalmente con decisión e ira Toita—. Simplemente he perdido la costumbre de pronunciar su nombre en voz alta. ¿Y si me oyeran los soldados? Me matarían. O a él, porque se llama Dzhojar, o a mí, porque le di el nombre. Pronto cumplirá dos años.

—¿Y por qué... está así?

—Sí, no crece. Nació justo cuando empezaba esta guerra.

La casa de Toita y Dzhojar tiene un agujero en el techo. Hace un año, en febrero de 2000, la metralla perforó el techo, y nadie lo puede tapiar; la nieve forma pequeños montoncitos. Toita

## La operación especial de los partidarios de Ziazikov

La guerra, cuando en ella hay tantos intereses, se transforma en un organismo vivo. O, lo que es lo mismo, se le queda corto el traje. Así, Chechenia pidió explicaciones a la vecina Ingushetia de por qué el Kremlin había llevado allí al poder a quien había permitido esta guerra.

Por décimo año consecutivo, Ingushetia es una parte del frente. Poco a poco, la zona prefronteriza se ha convertido en frente. El proceso de conversión de una paz civil a una guerra civil se llama «elecciones presidenciales» en un país «gobernado por la democracia». Hay una guerra por el cargo de Ruslán Aushev, que en invierno del año 2002 abandonó el cargo de jefe de la república «por decisión personal». La segunda vuelta tuvo lugar el 28 de abril. El 7 de abril participaron Aliján Amirjánov, diputado de la Duma estatal, y Murat Ziazikov, general del FSB y primer ayudante del representante plenipotenciario del presidente en la Región Federal del Sur (YFO). A Ziazikov lo eligieron del siguiente modo.

### Un juicio violado

Sobre las espaldas de Jasán Iraguiyévich, juez del Tribunal Superior de Ingushetia, hay una vida respetada por todos: diez años de experiencia judicial, dos años como ministro de Justicia de la república. Pero da pena mirarlo. Sus ojos están vacíos, como si hubiera enterrado a toda la familia. Y, ciertamente, ha enterrado: principios e ilusiones relativos al lugar del poder judicial en el país. Sin duda, Jasán Iraguiyévich entrará en la his-

toria reciente de Rusia como el juez sobre el cual en abril del año 2002 cayó encima el mecanismo coloso del poder ejecutivo y le exigió la transformación del estamento judicial en un órgano de regulación política.

—No podía creerlo cuando lo oí —diría más tarde en los pasillos del Tribunal Superior de Ingushetia Henrich Pavda, un abogado muy famoso que tiene con qué comparar: casi medio siglo de práctica, que empezó precisamente en el año 1953.

A finales de marzo a Jasán Iraguiyévich se le encargó el caso de excluir de la carrera preelectoral a uno de los principales pretendientes al puesto de presidente de Ingushetia, Hamzat Gutseriyev. A pesar de que todas las sesiones de este caso tuvieron lugar bajo una severísima presión por parte de los funcionarios del YFO, que sin ceremonias forzaron la decisión en favor de otro candidato, el general del FSB Ziazikov, y por los pasillos del tribunal iban y venían unos señores con unos rostros característicamente discretos que «acompañaban» al juez a casa y le recibían a la puerta de su casa por las mañanas, Jasán Iraguiyévich se lo tomó con filosofía, por cuanto había visto muchas cosas en esta vida.

El primero de abril, al final del día, el juez y dos asesores se encerraron en la sala de consulta, el sanctasanctorum donde nadie más tiene acceso, para tomar una decisión. El 3 por la mañana estaban preparados para anunciarla. Cerca de las 11 de la mañana, los señores «partidarios de Ziazikov», colaboradores de la representación del YFO, ENTRARON EN LA SALA DE CONSULTA violando el secreto, y con ello la Constitución del país y toda una serie de leyes (una responsabilidad, por cierto, criminal), le entregaron a Iraguiyévich un telegrama del Tribunal Superior de la República Federal de Rusia, firmado por el adjunto de su presidente, Nina Serguéyeva, en el cual al juez se le indicaba ENTREGAR EL CASO AL MENSAJERO para que fuera trasladado a Moscú, tras lo cual el presidente del Tribunal Superior de Ingushetia, Dauthasan Albakov, acompañado por su ayudante Azamat-Giréyev Chiniyev, recogió los papeles del caso disper-

sos por la mesa y se los llevó. Pronto la agencia de noticias ITAR-TASS daba el siguiente comunicado oficial: «El Tribunal Superior de la república ha examinado el caso y ha anulado la inscripción de Hamzat Gutseriyev en calidad de candidato a la presidencia.

No tengo ninguna relación con Hamzat Gutseriyev. Es solamente un hombre-función, ministro de Asuntos Internos de Ingushetia en los momentos más violentos de la «operación antiterrorista» en el Cáucaso norte, cuya actuación, precisamente en calidad de ministro de fuerza en los accesos próximos a Chechenia, me sacó de quicio más de una vez durante algo más de dos años. Sin embargo, pocos hay a quien no les guste alguien. La ley es la ley. Pero para Putin, Gutseriyev era ALGUIEN demasiado notorio: hermano de un oligarca contra quien man tiene un enfrentamiento. Esto en la Rusia actual es motivo para violar un tribunal ocupado en asuntos de Estado y para destruir la moral de los jueces que no desean aceptar las condiciones de un juego anticonstitucional.

### Miedo por encima de todo

—¿En qué medida es significativa esta violación de la ley electoral?

La pregunta es para Musa Yevloyev, jurista de la comisión electoral republicana.

—Estas elecciones se pueden considerar nulas —es su respuesta.

—¿Se puede? ¿O se debe?

Musa aparta la vista y calla, quiere vivir y trabajar. Y para ello en la Ingushetia de hoy es mejor callar y hacer ver que acatas la apisonadora que te ha caído encima, el YFO, que propone a Ziazikov, del gusto del Kremlin. Precisamente con estas mismas palabras decenas y decenas de personas me explicaban cuál es el ambiente en la república.

El calendario señala 19 de abril. Por los pasillos del Tribunal

Superior de Ingushetia pasean esos mismos señores colegas de Putin y Ziazikov, escuchan quién habla de qué, qué pregunta y qué contesta Musa Yevloyev, y después de escucharlo bajan unos escalones y se lo cuentan a alguien desde sus teléfonos móviles. Un descarado desenfreno del FSB, que justo la víspera desde Moscú parecía algo exagerado, desencadenado por los remordimientos de conciencia preelectorales.

Precisamente en esta situación esperamos una nueva sesión del tribunal que dé como nulo el registro de una serie de candidatos en relación con la compra de electores, y ahora Mohamed Mohamedovich Doubrekov se prepara a tomar el juramento como «relevo de Iraguiyévich». Está nervioso, porque sabe que Jásán Iraguiyévich después de lo sucedido tuvo problemas de salud y ahora se recupera con dificultades, aunque acude a su trabajo. Sabe que Iraguiyévich ha escrito una solicitud dirigida al fiscal general de Rusia pidiéndole que defienda la ley, que esta solicitud ha ido y regresado de Moscú y ha caído en manos de los que deben responder por sus acciones en relación con la legislación criminal. Sabe que el único resultado del juez Iraguiyévich en busca de la verdad era una propuesta al presidente Putin sobre una inmediata interrupción de sus ilimitados poderes.

Ese día el juez Doubrekov aguantó, a pesar de las extraordinarias exigencias a veces, la presión e incluso las humillaciones de parte del bando de Ziazikov. Los resultados de la primera vuelta de las elecciones no fueron anulados. No obstante, ¿quién dará garantías de tranquilidad para el día de mañana?

—¿Por qué nos ponen palos en las ruedas? —preguntaba la gente—. Tampoco vamos a aceptar lo que han tramado. Pase lo que pase.

Y añadían:

—No indique mi nombre.

El siguiente interlocutor tenía la misma petición:

—Pero no diga mi nombre... Tengo hijos... Me quedaría sin trabajo.



Todos me lo pidieron. Sin excepción. Los diputados del Parlamento de Ingushetia, los miembros del gobierno ingush, los valientes militares, los abogados, los maestros, los periodistas que me contaron cómo en un minuto (¡no es ninguna exageración!) se expulsa del trabajo a los colegas sólo por una casual aparición al lado de un candidato a la presidencia que no sea Ziazikov.

—¿Quién los echa?

—Piotr Zemtsov.

La violación pública del poder judicial de Ingushetia es, por supuesto, la más cínica de las operaciones especiales para la «designación de Ziazikov como presidente de Ingushetia», en palabras muy precisas de uno de los interlocutores. Pero no es la única. Se llevó a cabo otra operación especial sobre la libertad de expresión, también garantizada constitucionalmente. En la víspera de la carrera preelectoral «Moscú cambió», como dicen por aquí, al director de la compañía de radio y televisión estatal Ingushetia por ese mismo Zemtsov, enviado por Moscú para llevar a cabo el encargo especial del Estado relativo a las elecciones.

Zemtsov no se duerme. Tiene prohibido incluso el traslado de Nazrán a cualquier otro lugar de videomateriales sobre otros candidatos que no sean Ziazikov. Hay que ir hasta Osetia del Norte, a Vladikavkaz, para que, por ejemplo, en las noticias de la NTV, al tratar de este tema, se hable de otro que no sea Ziazikov. Pero ir hasta Vladikavkaz y regresar en la oscuridad no es tan fácil como pueda parecer: hay que moverse por las carreteras desiertas de esa región, donde un día tras otro va y viene un cortejo del llamado «inspector federal principal de la Región Federal del Sur», de nombre Keligov. Un cortejo, o simplemente una banda de mercenarios, que espera en el camino principal a las gentes que aún no han sido controladas, que aún no han sido expoliadas.

Musa Keligov, para su información, no es un Jattab con compañía, sino el principal agitador a favor de Ziazikov, un per-

sonaje oficial, un hombre que representa el poder del presidente Putin, que grita constantemente con la mano puesta en un fusil kaláshnikov. Es un colega del candidato Ziazikov en el YFO, compañero de lucha y adjunto del ministro plenipotenciario general Kasantsev. Además, Keligov, antiguo vicepresidente de «Lukoil», en este momento acompaña el servicio al Estado con el monopolio en sus manos del consorcio petrolero estatal Ingushneftgazprom, cuyo cuartel general está precisamente en Malgobek, en el lugar donde se sitúan los principales pozos de petróleo de Ingushetia.

### Desembarco de diputados

El 20 de abril llegó a Ingushetia una delegación de 20 diputados de la Duma estatal, representantes de fracciones distintas para comprobar el estado de cosas. Los diputados se dividieron en grupos y se dirigieron a diferentes puntos de la república. En cuatro direcciones distintas para hablar con la gente. En Malgobek, el centro de la región, que a marchas forzadas se constituye como feudo de Keligov, a los diputados simplemente no les permitieron entrar en el centro cultural de la región, donde debía realizarse el encuentro con los habitantes de la población. Por una sencilla razón: Keligov no estaba seguro que los diputados hablaran a favor de Ziazikov, y por disposición de Mujazhir Yevloyev, director del departamento local de la policía, yerno del propio Keligov, un hombre que ha atemorizado a la población diciendo que si Ziazikov no gana, «os arreglaremos», el encuentro de los diputados con la población fue prohibido.

No obstante, los diputados que fueron a parar a la muy complicada Malgobek de hoy no se rindieron. Se trataba de Vera Lekareva, Andrei Vulf, Vladimir Semenov, Vladimir Koptev-Dvornikov y Aleksándr Barannikov del SPS (Unión de Fuerzas de Derecha), quienes bajo una lluvia pertinaz hablaron con algunos cientos de personas reunidas en la calle.

—Hubiéramos podido entrar en el centro cultural, por supuesto, si hubiéramos montado un escándalo —explica Vera Lekareva—. Pero se notaba que la provocación flotaba en el aire. Consideramos que esto conduciría a que se perdieran los nervios... Por los alrededores se paseaban algunas personas raras con malas caras. Así que decidimos simplemente calmarlos... Para ser franca, yo nunca votaría por un diputado por el que se insiste tanto.

Sobre esta misma sensación, la mayoría en Ingushetia dice que tiene que ocurrir algo respecto a la actuación federal. Este «algo» la gente lo define así: provocación, una explosión de indignación dirigida, una carnicería.

19 de abril, una muy mala señal. Desde Moscú, directamente del Ministerio del Interior, lo que confirma los temores que han invadido Ingushetia, se recibe un telegrama especial del servicio secreto: «Nazrán MI a Pogorov Enviad MI Rusia cuestiones de servicio plazo 10 días coronel policía Tamasjánov IA coronel ejército Iliasov M-S E coronel de policía Guiréyev IJ coronel policía Yarizhev IS llegada 22 de abril Grislov.»

Traducido del lenguaje de los funcionarios al lenguaje normal se lee lo siguiente: en nombre del ministro del Interior de Rusia, Boris Grislov, cuatro asesores del ministro de Asuntos Interiores de la república (Ahmed Pogorov) son llamados a Moscú precisamente los diez días más complicados para Ingushetia, la última semana antes de la segunda vuelta, días de votación y recuento. Nunca antes había sucedido nada parecido. Al contrario, para mantener el orden, en cualquier región, se anulaban los permisos a toda la «cúpula» policial, se les pedía que anularan las bajas por enfermedad.

En la pequeña república, donde todos se conocen, incluso los coroneles mencionados, el telegrama especial fue recibido como una condena: es decir, todo se confirmaba, esos varios centenares de miembros del FSB que llegaron de todas partes, que transitan hoy por todos los caminos de Ingushetia en vehículos Taurus parecidos, están preparando algo en relación

con el gran número de refugiados desesperados. En el Ministerio del Interior sólo queda Pogorov, partidario de Ziazikov, y con que se provocarán disturbios y Pogorov «no sabe enfrentarse a los disturbios»...

¿Por qué? Nadie lo duda: cuando no queda ni una sola oportunidad para la victoria del general del FSB, es necesario que oficialmente se proclame «la imposibilidad de realizar las elecciones» y la necesidad de «designar» al jefe de la república. Así concluirá la operación especial para la instauración de Ziazikov en el trono ingush. Precisamente lo que decían abiertamente dos meses antes los funcionarios del YFO: «Hagan lo que hagan será Ziazikov. Moscú así lo ha decidido. No hay otra alternativa. Si no lo eligen, será designado igualmente.»

### Ziazikov y sus partidarios

¿Quién es este hombre con el que ya se asusta a los niños ingushes? Como dijo Alekséi Liubivói, su principal representante: «Le prohibo que hable con la prensa.»

Una postura. Ante la cual sólo queda mirar alrededor. El grupo de activistas agitadores lo forman dos secciones.

La primera, los antes mencionados colaboradores del FSB, destacados en Ingushetia en la época preelectoral, procedentes de distintas regiones rusas que, sin esconderse demasiado, hablan con la gente y por alguna razón comparan «la derrota de Ziazikov con un agravio al espionaje ruso».

En segundo lugar, los ingushes ofendidos y pobres durante la presidencia de Aushev, la mayor parte de los cuales desde hace tiempo viven permanentemente en Moscú por cuanto en su momento no armonizaron con Aushev. Se reúnen en el Estado Mayor principal para las elecciones de Ziazikov en Nazrán, en la calle de Oskanov. Le pregunto al jefe del Estado Mayor Salmán Naurbekov y al subdirector Jarón Dzeitov:

—¿Cuáles son las virtudes de su candidato?

—Lo principal, a diferencia de los demás, es que es un hombre completamente limpio.

—¿Por qué lo considera así?

—Porque tiene una hoja de servicios absolutamente limpia. Perdonen, pero todo es mejor con medida.

... En mayo, Ziazikov jura el cargo. Al cabo de una semana, el ejército entra en Ingushetia. Al cabo de un mes se inicia el traslado forzoso de los refugiados a Chechenia. El Kremlin quiere que la guerra continúe. Así que continúa.

## ¡Hemos sobrevivido! ¡Otra vez! Crónica de la felicidad del coronel Mirónov

Volábamos en un helicóptero militar desde el punto «A» al punto «B». A nuestros pies se deslizaba lentamente, envuelto en la oscuridad, el suelo checheno cubierto de barro. Sólo se distinguían los pozos llameantes que trazaban una «vía láctea», era lo único que se veía, nada más. El resto era oscuridad, que observaba desde el visor de visión nocturna el oficial de mediana edad que me acompañaba, cuyas piernas colgaban de la lucerna abierta mientras sostenía una metralleta, preparado para usarla.

En el helicóptero no se puede hablar, hay mucho ruido y los oídos están taponados. Aunque con mi vecino intercambiamos algunas palabras, aun sin vernos —en los vuelos nocturnos no se encienden las luces del interior—, así que, por turno, al azar y aproximadamente, inclinándonos hacia donde suponíamos que estaba el oído del otro nos gritamos:

—¿De dónde es?

—De Moscú.

—Yo también.

—¿De qué parte?

—Del bulevar de los Jardines.

—Yo trabajo allí. Vivo en Marino.

—Algo lejos.

—Estoy contento, tengo un buen piso.

—¿A qué se dedica?

—¿Yo? Soy militar. ¿Y usted? No parece ir de camuflaje.

—Soy periodista. ¿Por qué tardamos tanto? Gudermés está a veinte minutos.